



Trixi Allina, Cerámica Torneada

# Las prefiero a ellas construyendo la paz

Tomás Concha Sanz

Economista especializado en planificación  
Director del Programa para la Reinserción de la Presidencia de la República

*"Si prefiero las mujeres a los hombres es porque ellas tienen la ventaja de ser más desequilibradas, es decir, más complicadas, más perspicaces y más cínicas, por no hablar de esa misteriosa superioridad que confiere una esclavitud milenaria"*

*Ciorán*

**E**n parte coincido, y en parte no, con el citado aforismo de Ciorán. Prefiero a las mujeres sí, no cabe duda, no sólo por toda la belleza que su ser físico y espiritual le da al mundo, sino por la forma extraordinaria como implican e inducen a la paz. Prefiero a las mujeres, también, por su capacidad de resistir, crecer y crear en medio de un mundo masculinizado en su más insensato sentido: de fuerza, violencia e insensatez. Y prefiero a las mujeres, no cabe duda, por su encantador desequilibrio, por saber mezclar el trabajo con el encanto, la risa con la energía, el amor con la pasión, justamente por ese indiscutible cinismo a que hace referencia Ciorán. No creo eso sí, en la mencionada complicación femenina. Y tal vez la mayor muestra de ello, aunque suene exageradamente trivial, es que las mujeres no usan corbatas.

*Si alguna guerra la empezó una mujer, fue tal vez por el odio que entre los hombres -en este caso sinónimo de varones- produjo su amor, según nos cuenta Homero en *La Ilíada*. Porque la mujer es justamente sinónimo de acuerdo, de tolerancia, de futuro. Esto es importante entenderlo no como sinónimo de pasividad. Por el contrario, la mujer es a su vez el mayor factor de resistencia. Algún día un médico me dijo que si a los hombres nos hubiésemos tocado tener los hijos, la mayoría habríamos abortado o muerto de parto. Y es cierto. La resistencia está íntimamente ligada al ser femenino. En cuanto guerra no es sólo sinónimo de lucha armada y la violencia forma en muchos países parte de la vida cotidiana, la mujer es la mayor víctima y la mayor protectora. Es ella quien espera cuando el hombre -esposo, novio, hijo o compañero- se va a la guerra, se va de parranda con sus amigos, deja el hogar en aras de otros lechos o espacios, o llega con el “macho subido”, como dirían en el Caribe. Es también ella la que es-*

pera a los hijos en la noche, la que se levanta de madrugada ante el llanto infantil, la que recoge las lágrimas de la adolescencia.

Pero así mismo, es ella la que sostiene el hogar con su trabajo o con su impulso, en el caso de las ya cada vez más escasas mujeres que llevan el importante título de amas de casa. Y en los casos de conflicto armado, la mujer es el primer objeto de ataque y afrenta, es violada, mutilada, ultrajada y maltratada en crímenes que la humanidad desde hace siglos está en mora de catalogar de lesa humanidad. Por ahora, ni siquiera es considerado como un crimen de guerra. Lamentablemente aún forma parte de los “avatares” de las guerras.

Y es que sin duda los tiempos han cambiado. *Cada día más mujeres toman las riendas de sus propias vidas, gustos e inspiraciones. De cerca, vemos claramente cómo nos van dejando lejos en profesiones, negocios y empleos. Sin embargo, la deuda histórica con las mujeres es aún grande. Recientemente, a propósito del tema, hablábamos con un grupo de amigos acerca de las favorabilidades que para algunas minorías se han establecido en el mundo en materia de política. Alguno planteó que, tal vez fue en Francia, algunos políticos proponían una favorabilidad para las mujeres en tanto minorías. ¿Y cómo, nos preguntamos, si en realidad las mujeres son mayoría? Es cierto, y enhorabuena.*

Posiblemente la feminización del mundo sea una de las grandes alternativas para llegar a una cultura de paz. “Feminización” no quiere decir volver femenino lo masculino, ni fenómenos similares. Por el contrario, se trata más bien de dejar traslucir aquellos elementos más positivos, conciliadores en medio de la valentía y la

lucha diaria, constructivos en condiciones adversas o positivas, creadores de nuevas realidades y sentidos cariñosos y afectivos frente al entorno, dadores de belleza y capaces de la humildad, en el mejor sentido de la palabra. Al decir del catalán Vicenc Fisas, “la historia de la violencia, de la guerra y de la crueldad organizada es también la historia del hombre, no de la mujer. Hay algo tan secular en el protagonismo de la violencia por parte del arquetipo viril, que uno tiene la tentación de acudir a la biología para descubrir las razones de esta empecinada recurrencia del género masculino hacia la destructivo. Por fortuna sabemos que este cáncer no es universal y que muchos hombres lo detestan en la teoría y en la práctica”. Pero además, en aras de la equidad histórica, Fisas agrega: “Sabemos también de mujeres que se comportan de otro modo, con lo que no vamos a dar oportunidad a la biología para que nos explique lo que sólo es comprensible desde el campo de la cultura”<sup>1</sup>.

En efecto, en tanto la guerra es un producto humano, del accionar de las comunidades y de sus dirigentes, y por tanto no está determinada por una configuración genética específica, es en la mente humana donde debemos incidir para crear una cultura de paz. En esta construcción de nuevos sentidos de país, de democracia y de humanidad, la presencia de la mujer, con su mano, su esfuerzo y su forma de sentir el mundo, más que fundamental, es la única posibilidad de lograr cambios reales. En tanto una educación para la paz pasa necesariamente por entender los diferentes mecanismos que han permitido que unos sometían a otros, que la participación sea restringida o manipulada, que la información y la historia sean manejadas por determinados sectores, que el sentido de la fuerza, lo guerrero, lo “vivo” y agresivo hayan sido



Trixi Allina, *Serie de la vida cotidiana*, Bronce- cera perdida, 1983

considerados como adecuados y positivos, sólo una visión distinta de la vida como la que encarna la mujer puede permitir un cambio absoluto donde todo lo que indique guerra sea despreciado y el conflicto, como proceso productivo y positivo, pueda convertirse en una herramienta para construir nuevos saberes, sean una oportunidad para crear nuevas oportunidades y conocimientos. Y eso, lo sabemos, sólo puede lograrse con la participación de la mujer, así como con el reconocimiento de las identidades de los pueblos, claro está, en el marco de la participación democrática y del respeto hacia todos y todas.

<sup>1</sup> Fisas, Vicenc. “Educar para la paz implica sustituir el poder por la autoridad”. En *Bitácora* No. 4. Red de Solidaridad Social y Programa para la Reinserción. Octubre 1997. Pág. 33.